

Capítulo 18 - El Dragón Encuentra Algunas Personas Poco Comunes - La Balada de un Dragón Semi- Benigno

- Capítulo 18 - El Dragón Encuentra Algunas Personas Poco Comunes - La Balada de un Dragón Semi-Benigno

Capítulo 18 - El Dragón Encuentra Algunas Personas Poco Comunes - La Balada de un Dragón Semi-Benigno

Doomwing se acercaba a su último destino en su travesía. Por debajo de él, las llanuras abiertas y las colinas escarpadas desaparecían, dando paso a la costa. Una ría llena de manglares y agua salobre se extendía ante sus ojos, las formas retorcidas de los manglares mucho más altas y robustas de lo que deberían ser. Tritones nadaban a través del agua, algunos dirigiéndose hacia el mar, mientras otros remontaban el río. Los tritones que habitaban en las profundidades sin luz del océano no podían sobrevivir mucho tiempo en agua dulce. Sin embargo, sus parientes en la costa estaban mejor preparados para la transición. Algunos podían pasar días en ríos, lagos y arroyos. Otros, en cambio, tenían el don de vivir libres en ambos ambientes, salado y dulce. A lo largo de los años, Doomwing había visto a muchos tritones. Incluso había pasado tiempo con ellos, pues conocía decenas de maneras de respirar bajo el agua usando magia. Tras la debacle de la Tercera Catástrofe, se había empeñado en fortalecer sus debilidades y había aprendido todo lo que podía de sus magos de mareas y tejedores de agua. No estaban en posición de rechazarlo, no después de su implicación con esa anguila gigante. Se deslizó más cerca de la superficie del mar y voló en circunferencias perezosas alrededor del enorme manglar que custodiaba la entrada a la ría, sus orgullosas raíces formando arcoades que cruzaban la boca del río y sus ramas proyectando sombras que se extendían por millas. Los tritones se apiñaban entre las raíces, observándolo con ojos cautelosos. Muchos eran niños, con todo tipo de abalorios en sus manos —pedazos de coral, caracolas e incluso escamas de diversas criaturas acuáticas. La driada, con las piernas colgando en el agua, junto a un niño tritón a cada lado, lo miraba fijamente. Su piel tenía el color de la madera de mangle recién cortada, y sus ojos eran del azul negro de las profundidades del mar. Un sombrero flojo, tejido con algas secas, descansaba en su cabeza, y su cabello caía como kelp sobre sus hombros, en tonos marrón, amarillo y verde. "Eres bastante molesto", dijo ella con tono suave. "Y asustas a los niños". Doomwing se detuvo un momento para asegurarse de que no hubiera tritones debajo de él y luego aterrizó en las aguas cercanas. "Sigues siendo tan excéntrica como siempre, Rhizophora. ¿No te preocupa que pueda atacarte?" La driada encogió de hombros. "Y si atacara con toda mi fuerza, ¿qué podría hacer yo? No soy una de las Primeras Hijas que podría, al menos por un tiempo, oponer resistencia. Soy una Tercera Hija, bisnieta de la Madre Árbol. Nací al inicio de la Sexta Era. Incluso en mis mejores días, no le ganaría en su peor momento". "Es cierto". "Y no soy una cobarde que acuchilla a niños indefensos ni a quienes no te han hecho nada". Rhizophora sonrió débilmente. "Tu temperamento puede ser ardiente, por ser un dragón, pero no eres un carnicero". "Eso también". Doomwing miró a los niños tritones. Qué fácil sería acabar con

todos ellos. Bastaría un instante para teñir estas aguas con su sangre. Hubo un tiempo en que el dolor por la muerte de Ragnar seguía siendo profundo; en aquel entonces, habría sentido la tentación. Su amigo murió con la nobleza que cualquier enano desearía, pero murió de todas formas. Doomwing había querido que viviera, envejecer en un salón adornado, rodeado de sus hijos y nietos. Pero Ragnar había muerto gritando su desafío, sin esposa ni hijos que contar. Murieron antes de la batalla final, cuando su nave celestial fue derribada por el propio Señor de las Mareas al emerger de las profundidades. Ragnar vivió, al menos en cuerpo. Pero Doomwing había visto el dolor desgarrando el alma de su amigo, y supo que el corazón de Ragnar también había muerto con su esposa e hijos. Solo la venganza lo mantenía con vida. Sin embargo, en el final, Ragnar renunció a su oportunidad de venganza para regalarle a Doomwing un pequeño momento. Doomwing aprovechó ese instante; Ragnar fue vengado, y gritó su odio, su rabia y su dolor frente al mismísimo Señor de las Mareas. Tras la batalla, contempló a los tritones que se habían unido a su enemigo, y se llenó de furia. La idea de matarlos a todos, de hervir los mares, y desatar runas de destrucción sobre ellos, casi lo sobrepasaba. ¿Por qué deberían seguir vivos si su amigo ya no estaba? ¿Por qué deberían poder volver a sus ciudades cuando Aurai desapareció y los elfos y enanos que buscaban los cielos también se habían ido? Pero Dawnscale contuvo su mano. ¿Realmente tenían los tritones otra opción? Rechazar al Señor de las Mareas habría significado la muerte para todos. Ya había suficiente sangre derramada. Que se arrastraran de vuelta a sus ciudades de coral y piedra monolítica, que lloraran por las pérdidas ya sufridas. Con el tiempo, Doomwing empezó a comprender que había cierta verdad en sus palabras. Algunos tritones sin duda se unieron al Señor de las Mareas por entusiasmo, disfrutando de la oportunidad de sumergir el mundo y ampliar sus dominios. Otros, con horror, habían visto con horror la devastación en la superficie, pero no podían rebelarse; serían aniquilados si lo intentaban. Eso no los eximía de culpa. Un dragón preferiría la muerte antes que la obediencia forzada. La Primera Edad había demostrado eso. Sus congéneres murieron luchando contra el Dios Roto, pero prefirieron morir antes que arrodillarse. Los tritones no eran dragones. Sus corazones no estaban forjados con fuego solar. Eran frágiles y débiles, temerosos de la muerte, mientras que un dragón, en su interior, temería una vida de servidumbre. Y, con el tiempo, había aprendido a conocerlos mejor, compartiendo su existencia. Entre ellos había buenas criaturas, dignas de su respeto. Su ira se había enfriado con los años, reservando su furia solo para sus enemigos muertos y para quienes intentaban repetir sus errores. "Deberías sonreír", dijo Rhizophora. "Quizás así calmarás a los niños." Doomwing sonrió. Los niños gritaban y se escondían tras la driada, aferrándose a ella y enterrando la cara en su costado. "O no. Casi había olvidado lo afilada que es la sonrisa de un dragón". Rhizophora suspiró. "No teman, niños. Doomwing no os hará daño. Solo ha venido a visitarme. Somos viejos amigos, o al menos viejos conocidos." "Puedo sentir que vuestros árboles y criaturas acuáticas están cerca. ¿Puedo verlos?" Era una muestra de cortesía. Podía usar magia para obligarlos a salir o para cancelar su ocultación, pero no era necesario ser descortés después de tanta hospitalidad. Rhizophora sonrió. "Si quieres." Varias raíces de manglar se levantaron, y Doomwing inclinó la cabeza. No eran las criaturas arbóreas más grandes que había visto, pero su camuflaje había sido excelente. Por su aspecto, podían extender sus raíces y ramas como enormes lanzas o lanzar espinas de madera dura hacia enemigos distantes. Sin embargo, lo más interesante eran los numerosos tóxicos que podían producir, algunos de los cuales Doomwing no había encontrado antes. Vaya sorpresa. "Has adaptado toxinas de criaturas acuáticas y las has combinado con toxinas vegetales para crear nuevas variedades. Impresionante." Lo decía en serio. Demasiadas driadas estaban conformes con pequeños aprimoramientos; crear tóxicos nuevos y completos no era tarea sencilla, especialmente para una driada nacida en la Sexta Edad. "Los mares albergan criaturas muy interesantes, muchas de las cuales son venenosas, tóxicas o ambas

cosas a la vez." Rhizophora agitó una caña de pescar. "También disfruto pescar, aunque debo tener cuidado de que los niños no terminen atrapados en mi línea." Sonrió. "Te sorprendería cuántos olvidan su curiosidad al ver el cebo que uso." "Puedo imaginar." Doomwing recordaba sus tropiezos de cuando era crío, muchas veces por querer llenarse el estómago rápidamente. El joven dragón crecía sin parar, pero eso siempre le dejaba con hambre. "Supongo que buscas plantas y criaturas arbóreas." Ella suspiró. "Anthracia me dijo que quizás te dirijas hacia aquí." "¿En serio?" "De vez en cuando, una de sus elfas se interesa por el mar. No es raro que encuentren su camino aquí. Les cuido y ellas me traen regalos." Rhizophora sonrió. "Adoro mis manglares, pero aquí no hay muchas flores." Doomwing observó a los niños tritones. Ahora que los miraba con más detenimiento, muchos tenían flores en frascos. Ella debe cultivarlas en otro lugar, y a los tritones probablemente les resultaba interesante, pues esas flores no crecían bajo el agua. "De hecho, busco ciertas plantas y preguntarte si hay algún árbol o criatura arbórea que quisiera acompañarme." "¿Incluyen los manglares tu territorio?" preguntó ella. "Los árboles aquí no prosperarían en las llanuras ni en las montañas." "La parte más al sur de mi dominio tiene acceso al mar. Allí hay manglares. Creo que la influencia de la driada que tengo no llegará tan lejos todavía, pero seguro que llegará con el tiempo. Mientras tanto, los árboles que traiga deberán cuidar esa zona y atender las plantas que espero conseguir de ti." "Eso me parece razonable, y algunos de los más jóvenes están curiosos por explorar nuevos lugares. Es probable que unos cuantos se unan a ti." Rhizophora se movió ligeramente cuando los niños tritones a cada lado regresaron al agua. Nadaron hacia Doomwing, curiosos pero cautelosos. "¿Y no tendrás algo que darme a cambio?" "Por supuesto, que sí." Doomwing sacó varios amuletos. "Son amuletos hechos con plumas de grifo. Cuando los usan los tritones, pueden respirar en tierra con la misma facilidad que en el agua." Sacó otra serie. "Y estos son amuletos hechos con escamas de salamandra acuática. Cuando los usan los tritones, evitan secarse en tierra." "Una combinación bastante poderosa", dijo Rhizophora. "Sabes cuánto aprecio a los tritones, y diste amuletos que permitirían a los más curiosos explorar el terreno seco con más libertad. Por curiosidad, ¿cómo conseguiste plumas de grifo?" "El necio lideró a sus seguidores contra mí cuando desperté por primera vez tras la Sexta Catástrofe. Creía que era débil y podía matarme. Les arrebató las plumas y se las comió para el almuerzo. Querían apoderarse de mi tesoro y tomar mis tierras." "A pesar de estar medio muerto, me cuesta imaginar a quinientos grifos molestándote." "Fueron cincuenta, y pagaron con sus vidas por su audacia." Hizo una pausa. "Al menos estaban buenas." "¿Y la salamandra acuática?" "Nada especialmente problemático. Era una salamandra antigua, que había mudado muchas escamas. Le ofrecí un trozo de langosta gigante a cambio. Tenía crías y quería aceptarlo. Comer esa carne aceleraba su crecimiento y aumentaba su poder." Murmuró con voz profunda. "Y admito que sentí una cierta satisfacción al matar al leviatán. Era un enemigo antiguo, que escapó del destino que merecía al final de la Tercera Edad." "Veo." Rhizophora asintió. "Perfecto, acepto el intercambio. Estoy bastante contenta con lo que traes. Por cierto... tuve una visita recientemente. Ella todavía está con los tritones, no lejos de aquí. Ocupan un sector del acantilado antes del descenso final. Seguro te resultará interesante." "¿De verdad?" Doomwing asintió. "Entonces, la buscaré." Se disponía a girar y adentrarse en aguas más profundas cuando uno de los niños tritones se acercó con un sombrero de algas, similar al que usaba Rhizophora. Sonrió y se lo extendió. "¿Para mí?" El niño asintió con la cabeza. A los tritones les resultaba difícil hablar fuera del agua, pero habían desarrollado una especie de lenguaje de señas. Él lo conocía bien por sus encuentros anteriores, y le resultaba divertido ver cuánto había cambiado en las eras. El niño le indicó que era para él y que debía aceptarlo como muestra de amistad. Después de todo, si era amigo de Rhizophora, entonces también lo era de ellos. Era una forma infantil de pensar, pero eran niños. El sombrero no era una gran joya; podía hacer uno mejor, pero era un regalo dado

libremente, y recordaba la última vez que algún niño le había regalado algo. Sí... sería Hikari. La joven kitsune le había preguntado alguna vez cuándo era su cumpleaños. Él simplemente le había dado un regalo, y ella quería corresponder, especialmente porque siempre le regalaba algo cada año. Incluso había dicho que compensaría los cumpleaños que hubiera perdido. Naturalmente, su entusiasmo se tornó en horror absoluto cuando supo cuántos años tenía. Pensó que bromeaba, pero Dreamsong confirmó su edad. Doomwing simplemente sonrió con dientes afilados y le recordó que, como princesa, debía cumplir su palabra. Le debía un regalo por cada año de su vida. Ella intentó darle una patada—afortunadamente, Elerion la detuvo antes de que rompiera su escama—y luego proclamó que su regalo sería tan genial que compensaría todos esos años. Su presente había sido una ilusión sólida, un espectáculo fascinante de su progreso en las artes mágicas propias de las kitsunes. Todavía lo conservaba, guardado en su tesoro, y con generosidad, liberó a Hikari de su juramento. Por supuesto, lo mencionaba en cada cumpleaños, hasta que las cosas tomaron un giro terrible. "Gracias", dijo Doomwing. "Lo añadiré a mi tesoro." Y así lo haría, aunque solo después de reforzarlo con magia protectora para que no fuera destruido por el ardiente calor del volcán. Al sumergirse en las aguas profundas, Doomwing se detuvo un momento para lanzar magia que le permitiera respirar bajo el agua y luego se sumergió. Pronto pasó por el arrecife donde algunos tritones residían en casas de coral vivo. Lo observaron partir, cautelosos pero sin alarma; seguramente Rhizophora había enviado aviso. Más profundo aún, las criaturas del mar se apresuraron a apartarse. Aunque era inmenso, en el océano había seres aún mayores que él, pero pocos se atreverían a desafiarlo. Solo los más ancianos de los leviatanes y krakens, junto con las enormes ballenas isleñas que en el fondo del mar permanecían siglos soñando con el pasado y el futuro. En lo más profundo, en casas de piedra negra tallada en la enorme plataforma que bordeaba la larga caída hacia el oscuro e insondable abismo, aguardaba la criatura de la que le habían hablado. Era fácil distinguirla de los tritones de escamas azules. Después de todo, ¿con qué frecuencia un vampiro decide adentrarse en el mar? Usó magia para facilitar la comunicación, y la vampira se volvió hacia él al aproximarse. Los tritones retrocedieron, curiosos pero cautelosos, conscientes de la facilidad con que él podía aplastarlos a ellos y a sus hogares. La líder, una chamana que llevaba un collar de conchas mágicas, dio un paso adelante. "Nosotros te conocemos, gran Doomwing". El tritón inclinó la cabeza. "¿Qué te trae a nuestras aguas?" "Curiosidad." Doomwing asintió hacia la vampira. "Quiero saber qué hace una vampira en el fondo del mar". Se mordió la lengua para no reír. "También quiero saber cuánto tardaron en prepararse." La vampira que se acercaba claramente era una anciana de gran poder, pero incluso los vampiros antiguos no estaban inmunes a los efectos del agua viva. No estaban completamente inmóviles ni despojados de fuerza, pero seguía siendo una experiencia muy desagradable. Para llegar tan profundo sin sufrir daño, esta anciana llevaba amuletos protectores, ropa especial, runas y hechizos bien colocados. Todo saturado con su poder, lo que demostraba su habilidad. Además, había algo familiar en ella... "Ah." Doomwing reconoció su identidad. "Eres esa loca vampira que Marcus invitó a vivir con él un tiempo. Faustina." La vampira lo miró con expresión severa, de belleza discreta, cabello oscuro, piel pálida y ojos de ciervo. Pero en cuanto él dijo su nombre, ella gruñó. "¡Maldito hijo de puta!" espetó. "¿Alguna vez superará eso?" "Tu pequeño experimento provocó una explosión lo bastante grande como para dejar un cráter de dos millas de ancho." Doomwing sonrió con sorna. "Aunque no me sorprende, dada tu supuesta maestría en alquimia." "Nada de supuestas, mi maestría es real", refunfuñó Faustina. "He dedicado toda mi vida a estudiar los secretos de la alquimia. No hay vampiro vivo que sepa más que yo, y solo unos pocos pueden considerarse mejores." Doomwing aclaró la garganta. "Tch." Faustina se mostró molesta. "No eres mucho mejor que yo en alquimia. Además, pocas veces la usas." "Porque tengo poderes maravillosos, y rara vez necesito depender de la alquimia, a diferencia de ti." Doomwing sonrió.

"Aún recuerdo la expresión de Marcus cuando volvió. Esa era su mansión, en la que hacías experimentos. Fue un milagro que nadie muriera. Bueno, no fue un milagro; me aseguré de que nadie muriera porque soy increíble, a diferencia de tú." "...". Faustina hizo una mueca. "Ya le pedí perdón. Fue en la Quinta Edad. ¿Todavía no lo supera?" "Podrías haberte ofrecido a pagar los daños." "Gaste todo mi dinero en ingredientes alquímicos." Faustina agitó el puño. "Estaba muy cerca de crear acero sanguíneo." La miró con furia. "Y tú simplemente tuviste que hacer esa estúpida espada con ese material." "Me cansé de verte fallar. Algunos momentos fueron divertidos, pero luego empezó a dar pena." Doomwing rió. "¿Ya descubriste cómo hacerla?" "Sí", siseó Faustina. "Me tomó otros quinientos años, pero logré descubrirlo." "Veo que no llevas ninguna contigo", señaló Doomwing. "Resulta que necesitas las escamas de un dragón primordial para hacer el mejor acero sanguíneo." Ella parpadeó en un intento de parecer seductora. "Entonces...?" "No va a ocurrir. En realidad, me gusta Marcus, por eso hice su espada. Toleróte, por eso no te doy nada." Doomwing respondió. "¿Por qué estás aquí?" "Intento hacer acero fluido." Faustina cruzó los brazos. "Un material que puede cambiar de forma a voluntad, pero que se endurece para tener las mismas propiedades que los metales más fuertes. Creo que varios ingredientes clave están aquí. Los he comprado y pienso probar suerte con ello." "Podría ayudarte..." "¡No te atrevas!" gritó Faustina. "¡No tiene sentido que me digas la respuesta si solo me la dices!" Frunció el ceño. "¿Por qué estás aquí? ¿Solo para fastidiarme?" "¿De verdad crees que saldría de mi camino solo para molestarte?" La expresión severa que le dio revelaba exactamente qué pensaba. "Para que sepas, estoy haciendo unos recados. Pero tengo curiosidad... ¿sabes qué pasa en el norte?" "¿El norte?" Faustina negó con la cabeza. "No tengo idea, y tampoco me importa mucho. Además de acero fluido, investigo materiales interesantes que solo pueden hacerse con componentes de esta región. Esa driada ha sido sorprendentemente amable, a cambio de que le prepare algunas cosas." "Se ha formado un velo umbral en el norte. Cubre varias regiones." Lo miró incrédula. "Mentira." Se rió. "No es cierto. Lo creé al matar a un dragón sombra y arrojar su cuerpo." "...". Ella lo miró con atención. "¿Sabes cuánto queda del cuerpo? Podría usarlo para muchas cosas." "Dado que se ha formado un velo, diría que el cuerpo se usó para crearlo. Pero la zona ahora mismo está en lucha entre casi todos los viejos con poder, incluido Marcus." "¿Un velo umbral, eh?" Faustina se acarició la barbilla. "Nunca vi uno. El territorio de los vampiros fue destruido antes de que naciera. Me gustaría estudiarlo..." Sonrió astutamente. "¿Crees que Marcus me dejaría investigarlo si lo ayudara a ganar?" "Tendrías que preguntarle." Doomwing casi se rió en silencio. Esto era justo lo que quería. Ah... cómo deseo ver el caos que se desatará cuando Faustina llegue. Sus críticas a un lado, Faustina era una de las alquimistas más brillantes que había conocido. La mejor vampira experta en alquimia. Solo con los años de experiencia que él tenía podía compararse alguien como él. "Hmm... el norte es bastante lejos, pero si me marcho ahora y uso esa cosa que fabriqué..." Se quedó pensando en voz alta. Sacudió la cabeza y asintió a la chamana tritona. "Me voy un poco antes de lo previsto." La chamana, que había observado la conversación con interés, se rió. "Ya pagaste lo que debías. Puedes irte cuando quieras." "Gracias." Faustina sonrió. "Si ayudo a Marcus a ganar, él tendrá que recompensarme. Estoy casi sin fondos, y puedo convencerlo de que cree una academia de investigación para mí. Tendré mis propios seguidores, y seguramente lo convenceré de darme fondos periódicos. Ja. Esto resolverá todos mis problemas." Miró a Doomwing. "Gracias por decírmelo." La mirada se le volvió inquisitiva. "Pero, ¿qué ganas tú con esto?" "Aparte de tu excentricidad, serás de gran ayuda para Marcus." Doomwing probablemente podría hacer que su espejo le permitiera observar a Marcus sin que el vampiro se diera cuenta. Con las modificaciones adecuadas, incluso podría transmitir lo que el espejo viera a su ubicación, para no tener que permanecer siempre en su volcán ni llevarse el espejo consigo. "Eso es suficiente recompensa para mí." "Eres un tierno", dijo Faustina antes de desaparecer en un destello de

magia. La chamana parpadeó. "¿Qué acaba de pasar?" "Usó un hechizo de teletransporte. La devolvió cerca de la superficie, no muy lejos de la entrada a la ría." Afinó aún más sus sentidos. "Y ahora se está transformando en murciélagos para volar hacia el norte." "¿Los vampiros pueden hacer eso?" La chamana frunció el ceño. "He conocido solo a dos vampiros, pero eso me parece muy extraño." "Diferentes linajes vampíricos se especializan en distintas cosas." La línea de Marcus se centraba en ilusiones, control mental y liderazgo. Por eso no había caído en la trampa de Kagami. "Su linaje es conocido por la cambiante, generalmente en murciélagos, lobos u otros animales semejantes." "Interesante." La chamana observó a Doomwing. "¿Necesitas algo de nosotros? Estaríamos encantados de ayudarte si necesitas algo." Doomwing pensó por un momento. De hecho, había algunas cosas que no le importaría conseguir mientras estaba allí. "En realidad..."